

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 113

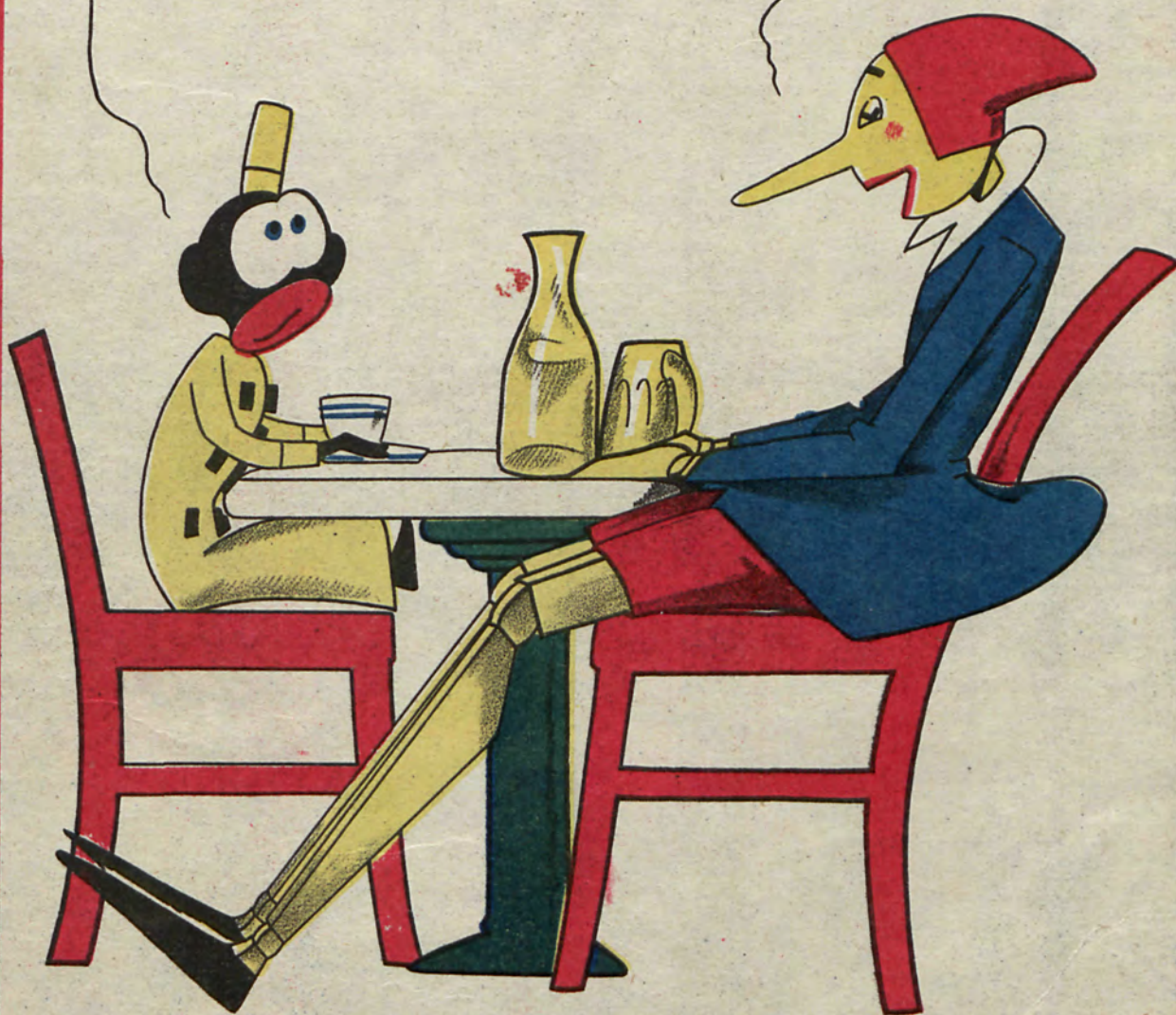
40 Cents.

17 ABRIL
1927

VAMOS A VER, PINOCHO ¿SABES TU
POR QUE LEVANTAN UNA PATA LAS
CIGÜEÑAS PARA DORMIR?

¡HOMBRE, NO SE!

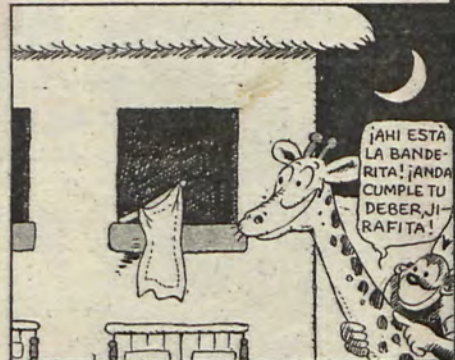
PUES PORQUE SI LEVANTARAN LAS
DOS SE CAERIAN.



Donde las
dan las
toman.
Yo, el Capitán:
Correton



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



**PROGRAMA
PARA HOY**

**EL
AUTOMOVIL
ROBADO**

Sensacional

GRAN CINE



Una sorpresa nocturna.



OR el camino tranquilo que bordea la ciénaga, hacia el atardecer de un apacible día de junio, cabalga un arrogante y atlético mozo que ostenta el pulcro uniforme azul de la policía montada. La montura, un espléndido caballo blanco, arquea soberbio el esbelto cuello, mientras avanza trotando con movimientos

flexibles y graciosos como los de un caballo de carreras.

El jinete no es otro que Tom Terry, y su caballo el famoso Aligero, que, amaestrado sabiamente por su dueño, le obedece a la voz.

Lleva Tom recorrida, en servicio de patrulla, toda la linde del marjal. De repente, sus oídos perciben el distante trepidar de un potente motor. Vuelto sobre la silla, contempla la cinta blanca de la carretera, que en graciosa curva ciñe la dilatada ciénaga, y allá a lo lejos perciben sus ojos una mancha oscura que por momentos se agranda y que deja tras de sí una nube de polvo. Tan rápidamente se acerca, que apenas ha desviado Tom su caballo hacia la orilla del camino, cuando el motorista, al verle, detiene el coche, un magnífico modelo de carreras, todo motor, de líneas alargadas y tendidas, saludando con efusión al policía.

—¡Hola, Ted! —corresponde cordialmente el jinete.

Un buen muchacho, a quien él admiraba; un mecánico excelente, varias veces campeón, e inventor, además, de algunos perfeccionamientos, adoptados sin reservas por los más célebres corredores. Además, condiscípulo suyo en Shefford, cuando chiquillos.

—De patrulla, ¿eh?

—El deber es el deber. ¡Buen coche! ¿Es tuyo?

—Y tuyo. ¿Verdad que es una monada? —contesta Ted orgulloso—. Lo he montado yo mismo y lo voy a presentar en el circuito de Rocklan dentro de tres días. ¡Muchacho, la fortuna si llego el primero!

—Así te lo deseo de todo corazón. ¿Dónde lo encierras?

—En mi garage de Lowmead. Por cierto que estaba deseando charlar contigo sobre el particular. Se ha corrido la voz de que he inventado un nuevo tipo de coche, y me ha parecido ver a un par de tipos sospechosos rondando el garage.

—¿Y crees que anden detrás de tu coche?

—Es difícil afirmar nada, y quizás sea aprensión mía; pero es el caso que no estoy tranquilo. Si no te contraría, quisiera que esta noche, al pasar por delante del garage, echaras una mirada.

—Encantado de servirte. Y a propósito, Ted; no anticipes la carrera por estos caminos, porque es peligroso para ti y para los demás. Ahora mismo venías a una velocidad que pasa de la permitida, y debo advertírtelo muy seriamente.

—Te sobra la razón —replica Ted riéndose, mientras pone el motor en marcha—. Lo tendré en cuenta. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Ted!

Y en pocos momentos se aleja el coche velozmente, desapareciendo en la obscuridad.

La ronda es aún larga, y hasta después de media noche no pasa Tom por el pueblo de Lowmead. Todo el mundo duerme, y las calles están desiertas y silenciosas.

El garage de Ted se halla al otro extremo del pueblo. Recordando los temores de su amigo, el policía deja la carretera para cerciorarse de si son fundados, y su sorpresa es grande al advertir un reflejo de luz en la ventana situada encima de la ancha puerta. Dirige su cabalgadura hacia allí, y, poniéndose de pie en la silla, mira a través del cristal que sirve de remate a la puerta, cerrada al parecer.

En efecto: dentro del garage está el coche de carreras que ha visto pocas horas antes. Pero en torno al mismo distingue dos hombres con abrigos largos y oscuros y tocados con gorras que les cubren la frente hasta los ojos. Uno de ellos tiene en sus manos una linterna eléctrica, cuya luz proyecta prudentemente hacia el suelo.

Los desconocidos se acercan a la capota, la levantan y manipulan en el motor. Algo sospechoso hay en tales maniobras que intranquiliza a Tom. Y súbitamente se le ocurre que, si aquellos hombres son malhechores, escaparan al oír ruido.

Como conoce el lugar, después de apearse y andando de puntillas, da la vuelta al garage para entrar por la puerta posterior y caer de improviso sobre los intrusos. Penetra en un corral, a la espada del garage, y una puerta a medio abrir le indica el sitio por donde aquéllos han entrado. Avanza con cuidado, y en el momento de trasponer la puerta de paso al garage mismo, arranca el motor con ensordecedor ruido, que sin duda ha de despertar a Ted Dixon, quien duerme en la casita inmediata. Apenas iniciada la marcha del motor, uno de los desconocidos se precipita hacia la puerta, abriéndola de par en par.

—¡Un momento! —grita Tom—. ¿Quieren decirme quiénes son ustedes?

Los dos hombres se vuelven y hacen frente al joven policía, y en su ademán advierte éste que están decididos a lo peor.

—¡Un policía! ¡Así te lleve el diablo! —refunfuño el uno.

—¡Bah! ¡No vamos a permitir que un tipo solo nos lo eche todo a perder! —amenazó el otro.

Tim ayuda.



ÚBITAMENTE, los foragidos avanzaron a la vez para atacar a Tom. Éste, con los puños cerrados, se preparó a resistir la acometida.

La obscuridad que reinaba en el garage era completa; la linterna eléctrica se había extinguido, y sólo algunos rayos de luna se filtraban por la puerta abierta. Pero, aun en las tinieblas, no erró Tom el golpe, y el más atrevido de los atacantes rodó por el suelo a consecuencia de un soberbio puñetazo.

Por desgracia, antes de volver a su guardia, le alcanzó el otro bandido; sin embargo, resistió bien el golpe, aunque la cabeza le zumbaba, y resueltamente se lanzó contra su agresor; comprendía que el coche de su amigo estaba en peligro, y estaba dispuesto a defenderlo hasta su último aliento.

En aquel instante, el bandido a quien había derribado le agarró por las piernas, y, con un tremendo tirón, le hizo perder el equilibrio y caer al suelo de cabeza.

Un millar de estrellas comenzaron a danzar ante sus ojos, y, aun cuando trató de incorporarse, terminó por caer de nuevo como una masa inerte.

Al volver en sí vió que el coche había desaparecido, y sus oídos percibieron el lejano trepidar del motor, cada vez más tenue.

Aligero penetró en aquel momento en el garage por la puerta posterior, y apareció agitado Ted Dixon, en mangas de camisa, como si acabara de tirarse de la cama. Lanzó un grito de angustia al ver el garage vacío, y poco le faltó para caer al tropezar con el cuerpo de Tom, que se levantaba en aquel momento.

—¡Tom! —interrogó jadeante—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mi coche?

—Me he peleado con dos hombres, y no he podido con ellos.



Y rápidamente le refirió lo ocurrido.
—¡Me han robado el coche! —gimió Ted—. Ya decía yo que había visto a algunos tunantes mirándolo con muchas ganas.

—No sabes lo que siento no haberlo impedido —dijo Tom.

—Ya lo sé, Tom. Tú has hecho lo posible, y te lo agradezco.

—¡Voy a perseguirlos! —exclamó Tom montando de nuevo en su caballo blanco.

—A caballo no podrás alcanzar mi coche, aunque Aligero vuele —dijo Ted dirigiéndose precipitadamente a una motocicleta que había en un rincón.

En un minuto puso en marcha la máquina y siguió a Tom a la carretera. Pero, aun cuando escudriñaron los caminos un largo trecho, no les fué posible descubrir rastro alguno del automóvil desaparecido.

Por último, Tom hubo de dar por terminadas sus pesquisas, y regresó con Aligero a Shefford, donde presentó un detallado informe del suceso.

A la mañana siguiente, sobre el medio día, pasó Tom de nuevo a caballo por delante del garage.

Ted Dixon estaba excitadísimo, y enseñó al policía una carta que le había sido entregada por el correo algunas horas antes.

Evidentemente, procedía de los dos individuos que se habían llevado el coche; en ella pedían que se les entregaran cien libras, amenazando, en otro caso, con dejar el coche abandonado en la carretera con el motor destrozado.

—¡Y yo no tengo cien libras! —exclamó Ted—. ¿Qué voy a hacer? La carrera se celebra pasado mañana.

verle allí, estando el matorral tan apartado del camino

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Tom.

—Me mandó que me largase, y cuando le dije que tenía el mismo derecho que él para estar allí, me dió un cachete en este lado y me amenazó con darme otro si no me iba.

—Voy a ir hacia allá para ver qué clase de pájaro es ese.

—Y le puede usted dar un recado de mi parte —repuso Tom—, y decirle también que otra vez pegue a uno de su igual.

Tom hizo apretar el paso a su caballo tanto como lo permitía lo inculto del terreno, y pronto se halló junto al grupo de árboles. Al entrar en la espesura llegó a sus oídos rumor de voces, y un estremecimiento recorrió su cuerpo al reconocer por su timbre a sus antagonistas de la vispera. Avanzó con cuidado, y poco después distinguió un grupito de arbustos en medio del matorral, detrás de los cuales percibió la inconfundible silueta del coche de carreras de su amigo Ted Dixon.

Cerca del automóvil había dos hombres sentados en el suelo y comiendo. Picó Tom espuelas al caballo, y en un



—No creo que esos bribones hagan nada hasta entonces —repuso Tom—. Y antes puede ser que la policía tenga una pista. ¡Vaya, hombre, no te desesperes!

Tom dejó a su amigo muy abatido, y por su parte se lamentaba profundamente de la desgracia del pobre muchacho.

Dejaba ir al paso a su caballo por un camino solitario, al otro lado de la ciénaga, cuando llegó a un puente tendido sobre un riachuelo. A la orilla del mismo vió a un chiquelo que con una caña de pescar en la mano se preparaba a lanzar el hilo al agua. Reconoció en él a un muchacho que vendía periódicos por las calles de Shefford.

—¡Hola, Tim! ¿Has pescado algo? —le gritó.

—Hasta ahora, nada más que una oreja hinchada —contestó el pequeño llevándose la mano a la cabeza—. Si hubiera usted estado aquí siquiera un momento antes, me hubiera atrevido a dar a alguien lo suyo.

—¿Qué ha sido ello, Tim? —preguntó el policía.

—¿Ve usted aquellos árboles? —exclamó el aludido señalando un macizo a corta distancia en el marjal—. Este río pasa cerca de allí, y estaba yo pescando tan tranquilo, cuando de entre los árboles salió un hombre, llegó hasta el río y se puso a lavarse la cara. ¡Y qué cara! Tenía los ojos hinchados y amoratados, y le pregunté que dónde se los habían puesto así.

—¿Los ojos hinchados? —preguntó Tom rápidamente—. ¿Y cómo iba vestido?

—Llevaba un abrigo largo, negro, y pensé que era raro

momento dió la vuelta al macizo de árboles, presentándose de improviso ante los ladrones. Estos, al verse sorprendidos, se pusieron rápidamente en pie; pero esta vez Tom llevaba la ventaja. Los desconocidos se separaron al verse acometidos por Aligero; pero uno de ellos no lo hizo con rapidez bastante para evitar que el caballo le derribase violentamente. Tom saltó limpiamente de la silla para caer sobre las espaldas del otro, lanzándolo asimismo contra el suelo con tal ímpetu, que por el momento quedó imposibilitado para la defensa. Levantóse Tom y corrió hacia el primer caído, y no pudo contener una carcajada cuando vió que Aligero permanecía inmóvil sobre él, como para derribarle de nuevo a la menor tentativa de incorporarse.

El policía tomó una cuerda de la silla y amarró a sus prisioneros con los brazos a la espalda.

Una hora después, los vecinos de Lowmead vieron pasar, sorprendidos, a Tom Terry, a caballo, con los prisioneros maniatados delante de él.

El policía dijo al regocijado Ted Dixon dónde podía encontrar el coche, y siguió después su camino hacia el puesto de Policía de Shefford con los dos bribones.

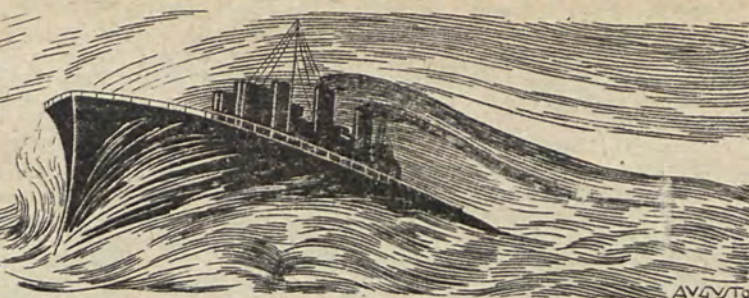
Algunos días después, Ted Dixon ganó la gran carrera dirigiendo su coche. Tom le había advertido que, de no haber sido por Tim, el vendedor de periódicos, acaso no hubiera podido descubrirse a los ladrones.

Y al día siguiente el pequeño Tim saltaba de alegría al recibir, como regalo del agradecido motorista, una bicicleta magnífica, flamante.

¡HA TERMINADO!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—Os la traduciré; acercáos.

El joven comandante del *Crucero sin nombre* leyó:

«Mr. Alberto Wendover.

El hombre encargado de entregaros esta carta es de confianza y podéis fiaros de él sin reparo.

Es necesario que el 12 del próximo junio os halléis en Batavia, en la isla de Java, donde se os comunicarán cosas urgentes e importantes, referentes no sólo a la causa por que todos luchamos, sino también a vuestra persona o, mejor aún, a vuestros asuntos privados.

La entrevista tendrá lugar en el Hotel de Holanda, en el barrio marítimo de Tangiong Prioc.

Preguntaréis por sir Winter y su nieta miss Lucy.

Naturalmente, sir Winter y el que suscribe son una misma persona.

Os embarcaréis en el velero que manda el portador de esta carta: es un barco endiablado que, a pesar de su modesta apariencia, posee un secreto que le permite llegar a su destino aun a despecho de vientos contrarios.

Os convenceréis de ello.

El Presidente
del Club de los Fenianos de L.
C. S. d. L. d. F.»

—¡Diablo! —murmuró Mop—. Ha de tratarse de asunto bien importante para que el buen viejo se decida a hacer la travesía de Europa a la India en compañía de su nieta.

—Lo extraño es —añadió Alberto moviendo la cabeza— que el Presidente nunca ha hecho saber que tuviese una nieta.

Por el contrario, se creía generalmente que era solo en el mundo.

—Hum, hum —repitió Mop, alarmándose—, es preciso estar en guardia, comandante.

Vuelvo a mi primera idea.

—¿Es decir, que pueda tratarse de una emboscada?

—Sí.

—No penséis en ello; vuestra sospecha es absurda.

—Mejor; pero os advierto que me he provisto de dos excelentes revólveres, cada uno de los cuales vale la vida de seis hombres.

—¡Bueno!... Sumad a vuestros doce tiros otros tantos de los míos y...

—Y tendremos un total de veinticuatro hombres con las piernas por el alto antes de que puedan atraparnos.

—¡Vive Dios!, esto sí que es ser precavido y...

Mop se detuvo de repente, volvió la cara y se puso mortalmente pálido.

—¿Qué os pasa? —preguntó extrañado Alberto, mirándole.

—Callad —balbució el ex ladrón agarrándole de un brazo—; ¡mirad aquel hombre!

En el acento de Mop se notaba una sensación de angustia, mezclada de sorpresa y coraje.

Alberto miró a la persona señalada por su compañero y vió un hombre inclinado hacia el suelo ocupado en recoger unos billetes de banco que se le habían volado de una cartera de piel negra.

Era un caballero aún joven, alto y fuerte, moreno, con barba negra cortada según la moda de cinco años atrás.

Alberto sofocó una exclamación.

—¡Mr. Flaxman, el antiguo cajero de la Casa Lobster! —murmuró—. Y con tal aspecto, siendo así que yo siempre le he conocido rubio... ¿Qué significa esto?

—Mop; ¿por qué aquel hombre os causa tanta impresión?

—¡Ay, Dios mío! —gimió el ex ladrón.

—Vamos, hablad; ¿le conocéis?

—Es él, es él.

—¿Quién?

—Le veo aún, inclinado así y casi en la misma postura —continuó Mop, tembloroso, trastornado, hablando como un demente—. Es él, no cabe duda, el mismo cuerpo, las mismas facciones, la misma mirada, el mismo gesto; todo coincide... Si, si, mirad; él se levantó de esa misma manera para colocar los cuadros en su sitio; guardó en el bolsillo interior de la chaqueta su cartera como ahora, veis, con el mismo movimiento.

Y yo..., oh, es horrible, es horrible.

Alberto sacudió bruscamente a su compañero susurrándole al oído:

—Cuidado, la gente os observa. ¿Estáis loco?

—¡Ojalá lo estuviera! —respondió Mop, calmándose.

—Espero que os explicaréis.

—Más tarde; ahora es preciso que yo sepa dónde va aquel hombre; es necesario no perderle de vista.

Andad, mister; iré a buscaros al Hotel de Holanda o a bordo.

—Vos me diréis...

—Nada por el momento —replicó Mop soltándose de la mano de Alberto—; luego os diré que invoquéis la justicia de Dios, en la que nunca he creído como ahora, para que nos perdone el castigo que merecemos por los horribles delitos que una fatal equivocación nos ha hecho cometer.

Y se alejó rápidamente, siguiendo al de los billetes de Banco, que había emprendido de nuevo su camino, bien ajeno de la inesperada escena a que acababa de dar lugar.

Alberto, impresionado por la vista del desconocido, en el cual había creído reconocer a Mr. Flaxman, el antiguo cajero de la Casa Lobster; agitado por súbita inquietud; no osando casi detenerse a reflexionar sobre las frases sibilinas de Mop ni a averiguar su significado; oprimido el corazón por un triste presentimiento, siguió su camino, dirigiéndose al barrio marítimo de Tangiong Prioc.

Tenía impaciencia por llegar al Hotel de Holanda; una voz secreta le decía que allí encontraría la explicación de muchas cosas que entonces veía envueltas en un indefinible velo de misterio.

Todo temor o sospecha de engaño había huido de él y su paso, a medida que la curiosidad era mayor, aumentaba su rapidez hasta llegar a convertirse en una verdadera carrera.

Al fin llegó a la puerta del hotel y entonces se volvió para ver si Black le había seguido. El perro había desaparecido.

—¡Bah! —dijo el comandante del *Crucero sin nombre*—, el tunante habrá preferido seguir a Mop o volverse a bordo.

Entró y, dirigiéndose al *maitre* del hotel, preguntó:

—¿Sir Winter y su nieta miss Lucy?

El interpelado consultó el libro y luego respondió:

—Escalera de la izquierda, piso primero, números 5 a 7. No deben extrañarse nuestros lectores de que en la Isla de Java se usen costumbres europeas, aunque sea la patria de los más feroces tigres, de los cocodrilos más voraces y de los más valientes rinocerontes.

Batavia, la *jacatra* de los indígenas, capital de la Isla, es una ciudad progresiva.

Ya en el siglo XVII había adquirido la primacía sobre todas las otras ciudades de Java y hoy cuenta con más de 190.000 habitantes, incluidos los del arrabal Meester Cornelis; tiene la ventaja de ser la sede de la sociedad científica más antigua y más estimada de la Malaria, de poseer Facultad de Medicina, museo, bibliotecas, periódicos, y tiene, además, un puerto que es el Pireo ateniense del archipiélago malario.

Batavia es, por otra parte, la verdadera capital de las posesiones holandesas en la India oriental, residencia del Gobernador general; situada en la costa septentrional de la Isla, está formada de varios grupos urbanos, unidos entre sí por umbreros paseos y canales.

DE LA COLECCIÓN **Flor de las Perlas.** Un tomo. CADA TOMO,
SALGARI **Los Cazadores de Cabezas.** Un tomo. **1,25 pesetas.**
Al Polo Norte. Un tomo.

Junto al río Livong tiene verdadera apariencia de ciudad holandesa que recuerda a los emigrados, con sensaciones nostálgicas, la dulce, querida y lejana tierra natal.

Alberto Wendover llegó, con una ansiedad a duras penas reprimida, al cuarto indicado y llamó. Abrióse la puerta y apareció el anciano que hemos visto desembarcar del *Malabar*.

—¡Vos! —exclamó el joven entrando.

Sir Winter púsose el índice de la mano derecha sobre los labios recomendando silencio y cerró de nuevo la puerta.

Alberto miró en derredor como buscando a alguien, pero hubo de convencerse de que se hallaban solos.

—¿Y miss Lucy? —preguntó—. Tengo curiosidad por conocer a vuestra nieta.

—La veréis después —respondió el anciano sonriendo y usando la jerga de los fenianos, incomprensible para el que no estaba en el secreto—. Hablemos ahora de cosas más importantes.

—Como gustéis, presidente.

—¿Dónde os ha encontrado mi carta? —continuó sir Winter.

—En la isla Innomada; el crucero necesitaba reparar las averías sufridas en los últimos combates.

—Ah, bien. ¿Sabéis, *mister*, que os hacéis famoso?

El gobierno inglés está furioso; en primer lugar, por la pérdida de la *Newcastle*, cuyo hundimiento fue conocido por vuestro escrito encontrado en una botella flotando sobre el gran Océano; después, por la derrota infligida a los tres acorazados que intentaron perseguirlos.

La *Newcastle*, tan vieja y poco temible, a pesar de la coraza añadida a su armazón de fragata antigua y de la artillería moderna de que se la había provisto, no esperaba más que un fin decoroso, y por eso su pérdida no representa para el cruel egoísmo británico más que un daño moral.

Los otros, en cambio..., ¡diablo!, les habéis maltratado bien: uno, averiado de tal modo, que tuvo que ser remolcado; los otros dos, tan malparados, que hubieron de estar durante algunos meses en dársena.

Todos los periódicos referían el suceso con extraordinario lujo de detalles, acompañados de comentarios rabiosos.

Os lo aseguro: sois el hombre más execrado de todo el Reino Unido, pero, por otra parte, el héroe más exaltado de los oprimidos irlandeses (1).

(1) Sabido es que los irlandeses, buscando modo de luchar contra Inglaterra, tratan de emplear como arma su idioma, que es el *gaélico*, apenas hablado. Las *Gaelic leagues*, sociedades que, bajo un pretexto... literario, esconden un fin altamente político de independencia nacional, se dedican a difundir la vieja lengua irlandesa para vencer la invasión irresistible del inglés. Recuérdese, además, la sangrienta rebelión de Irlanda en plena guerra europea.

Alberto sonrió brevemente y se inclinó.

El viejo presidente metió mano al bolsillo interior y sacó un pliego sellado, que alargó al terrible comandante del *Crucero sin nombre*.

—He aquí las instrucciones secretas y detalladas para llevar a cabo el plan audaz que hace cinco años espera ser efectuado.

Meditadlo, *mister*, ejecutadlo y os convertiréis en el primer ciudadano de Irlanda, y el trono de los O'Brien, los antiguos reyes irlandeses, resurgirá para acogerlos.

El joven tomó el pliego, y estrechando la diestra del presidente, dijo con voz vibrante y animados sus ojos por rayos de fuego:

—Juro que, sean cuales fueren las dificultades que se opongan a la ejecución del proyecto que me confía el Comité secreto de los fenianos, intentaré superarlas aunque fuese preciso derramar para conseguirlo, gota a gota, mi sangre y llenar el mundo civilizado del terror de mis hazañas.

El presidente le abrazó.

—Vos lo lograréis —respondió—. Y ahora, sabed que os espera un gran consuelo: vuestra inocencia en lo tocante al robo del difunto Mr. Lobster va a ser conocida.

Una mujer joven y hermosa, que, a pesar de todas las apariencias, no ha dejado nunca de amaros, ha hecho milagros para llegar a tal resultado.

Ah, el amor es un gran taumaturgo, ¿no es verdad, *miss*?

Acercóse el anciano a una puerta y la abrió diciendo:

—Entrad.

La señorita que había desembarcado en su compañía del *Malabar* se precipitó, ruborizada, anhelante, y se adelantó hacia Alberto, que, estupefacto, exclamaba:

—¡Miss Polly aquí!

—Pues bien, sí —gritó la atrevida inglesa alargándole las manos—; soy yo, *miss Polly Lobster*, que ha venido expresamente para pedir os perdón por haber dudado de vos; para deciros que ha reparado su culpa proporcionándoos medios de rehabilitaros, y, en fin, para denunciaros al verdadero culpable de todo, del robo a su padre y de la trama infernal que os ha perdido.

—Su nombre, pronto, su nombre —rugió Alberto Wendover como loco, con voz ahogada.

—Mr. Flaxman, el antiguo cajero de...

Miss Polly no terminó la frase; Alberto se había llevado de pronto las manos a la cara y había caído al suelo profiriendo un ronco gemido.

Había visto abrirse ante sí un abismo: ¡el error tremendo e irreparable que había cometido!

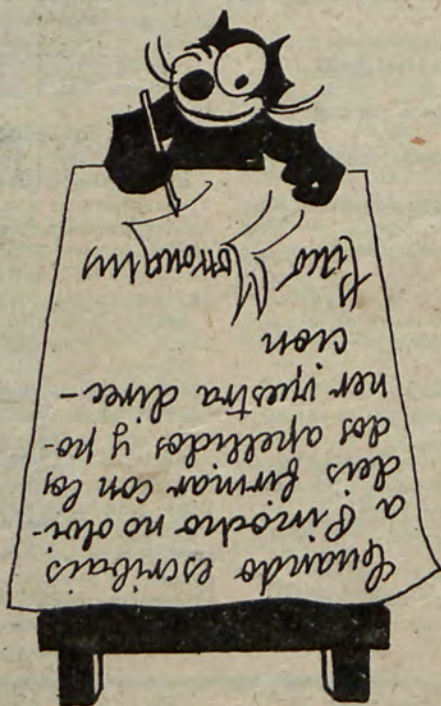
(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
TERCERA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.



LAS OBLIGACIONES
DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 5.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de **PINOCHO**, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.

LOS ESCLAVOS AMARILLOS

CUENTO POR EMILIO SALGARI



Suprimida por las naciones de Europa la esclavitud, que sacaba de Africa cada año centenares de miles de negros, que se vendían en los mercados de América como si fuesen bestias más que seres humanos y eran llevados a trabajar en las plantaciones de caña dulce y de café a bastonazos y latigazos, los traficantes de carne humana proyectaron sustituir los africanos con los chinos. Los barcos que antes cargaban en las costas del continente negro fueron enviados a los puertos de China a embarcar obreros de piel amarilla.

No eran embarcados como esclavos por no consentirlo el gobierno chino, pero se hacía firmar a aquellos desgraciados contratos por cinco y diez años, y después los transportaban a América o a la isla de Java o de Sumatra, en donde eran empleados como cultivadores.

¡Qué horrores no tenían que sufrir aquellos pobres chinos antes de llegar a las plantaciones adonde iban destinados! ¡Y si, por lo menos, hubieran terminado allí sus tormentos!

Los encerraban en las bodegas de los barcos cual si fuesen bestias feroces, abarrotándolas hasta no poderse mover, dándoles escasa comida hasta convertirlos en esqueletos, negándoles una bocanada de aire puro; así es que con frecuencia estallaban enfermedades que producían verdaderos estragos, y a menudo, de ochocientos chinos embarcados en Canton, Macao o Shanghai, apenas llegaban vivos cuatrocientos.

Todos los demás terminaban en el mar o, mejor dicho, en el vientre de los tiburones, que no dejaban nunca de seguir a aquellos barcos, seguros de lograr abundante comida de cadáveres humanos.

Os voy a narrar una trágica aventura sucedida a uno de aquellos inhumanos capitanes dedicados a transportar chinos.

Llamábase John Taylor y era famoso entre los cargadores de carne humana. Primero había sido negrero, transportando a América millares de negros; suprimida la esclavitud, habíase dedicado, como otros tanto de su ralea, al transporte de cultivadores chinos.

No tenía ni un átomo de corazón y consideraba a los hombres que transportaba como corderos o peor aún.

Si hubiesen sido animales, quizá les hubiese tratado mejor.

Apenas embarcados, los encerraba en la bodega, procurando meter en ella más de los que cabían para ganar más dinero, y no los ponía en libertad hasta que llegaban al puerto de destino, después de una larga travesía.

Si estallaba entre los chinos alguna enfermedad contagiosa, John Taylor no se preocupaba de ello. Los dejaba morir sin suministrarles medicina alguna, y mandaba echar los cadáveres a los tiburones como les habría echado un hueso a los perros.

Hacia tal economía de víveres, que, cuando los supervivientes desembarcaban, más bien parecían esqueletos que seres humanos; pero se enriquecía, y esto era bastante para él.

Había realizado ya unos cuantos viajes, cuando un día le propusieron embarcar en

Canton ochocientos chinos para un rico cultivador de Java.

Como de costumbre, John les hizo subir a bordo de su barco y les encerró en la bodega, no obstante la protesta de los chinos, que se encontraban tan apretados que ni siquiera tenían el puesto necesario para tumbarse durante la noche.

Un capataz de ellos, chino enérgico que tiempo atrás había ocupado en su país una elevada posición, tomó la defensa de sus compatriotas, haciendo observar al cruel traficante de carne humana que no eran perros, sino hombres.

La contestación fué una tremenda bofetada seguida





de una fuerte patada que hizo rodar por la cubierta al desdichado chino.

—¡Sois peores que perros! —había gritado el furioso capitán, que sabía tenía las espaldas guardadas por su tripulación.

Wang-Koa —que así se llamaba el capataz de los emigrantes— se había puesto en pie con el rostro desencajado por una cólera imposible de describir; pero, tranquilizándose de repente, contestó al capitán:

—Sois el más fuerte y tenéis razón. Soy peor que un perro—. Y había recobrado su usual impasibilidad, como si nada hubiese sucedido. El vengativo chino, no obstante, había jurado en el fondo de su alma hacer pagar bien cara al capitán aquella injusta corrección.

Wang-Koa no era la primera vez que realizaba aquel viaje.

Una vez, a bordo de un barco pesquero, había atravesado el océano Pacífico, encerrado en fétida bodega, en compañía de setecientos de sus compatriotas, vendidos como él a los plantadores americanos del Perú.

Durante aquel primer maldito viaje había visto a más de uno de sus compañeros de esclavitud morir a palos de la despiadada tripulación.

Había sufrido hambre y sed; había respirado durante largas semanas el aire pesado y pestilente de la bodega donde yacían sus compañeros de servidumbre, llamando de veras a la muerte como un supremo bien.

Llegó el día en que fué llevado a tierra, a las plantaciones, y allí, bajo el ardiente sol tropical, bajo los frecuentes latigazos de los guardianes, había mangleado durante ocho años largos la azada, inclinado sobre los oscuros terrones, que regaba con sus lágrimas y su sudor.

Muchas veces había visto a sus compañeros de desventura, agotados por el trabajo o muertos por el ardor del sol, caer en medio de los surcos, de donde eran echados, como bestias inmundas, para pasto de los caimanes.

Y cuántas veces se había sentido invadir de una rabia loca y sentir deseos vehementes de precipitar en

el río o en las lagunas a alguno de aquellos desalmados guardianes, soberbios agentes de los plantadores, que pedían a los extenuados brazos de los pobres chinos trabajo y más trabajo, y matarse después; pero siempre le había servido de freno la esperanza de una venganza futura.

Expirado el plazo de los ocho años de dura servidumbre, Wang-Koa había atravesado el océano, había vuelto a su país, pero no se había fijado en él, aunque hubiese regresado envejecido y curvado, cuando era joven y lleno de vigor al marchar a América, y seguía

pertinaz su odio contra los traficantes de carne humana, que habían destruido para siempre sus energías físicas.

Ocupaba el cargo de intérprete a bordo del barco de John Taylor, el capitán que le había transportado a América y que pasaba por uno de los más inhumanos, pensando que un día u otro podría vengarse en aquel miserable de todos los padecimientos inenarrables infligidos a sus compatriotas.

El *Alabama* —así se llamaba el barco del americano— hizo rumbo hacia los mares del sur con su carga.

Wang-Koa, después de la escena descrita, no se había atrevido a protestar de nuevo. Conocía de sobra al capitán y su brutalidad y le creía capaz de no detenerse ante delito alguno.

Pues un chino, para aquel hombre, valía menos que un perro. Los sufrimientos habían empezado para

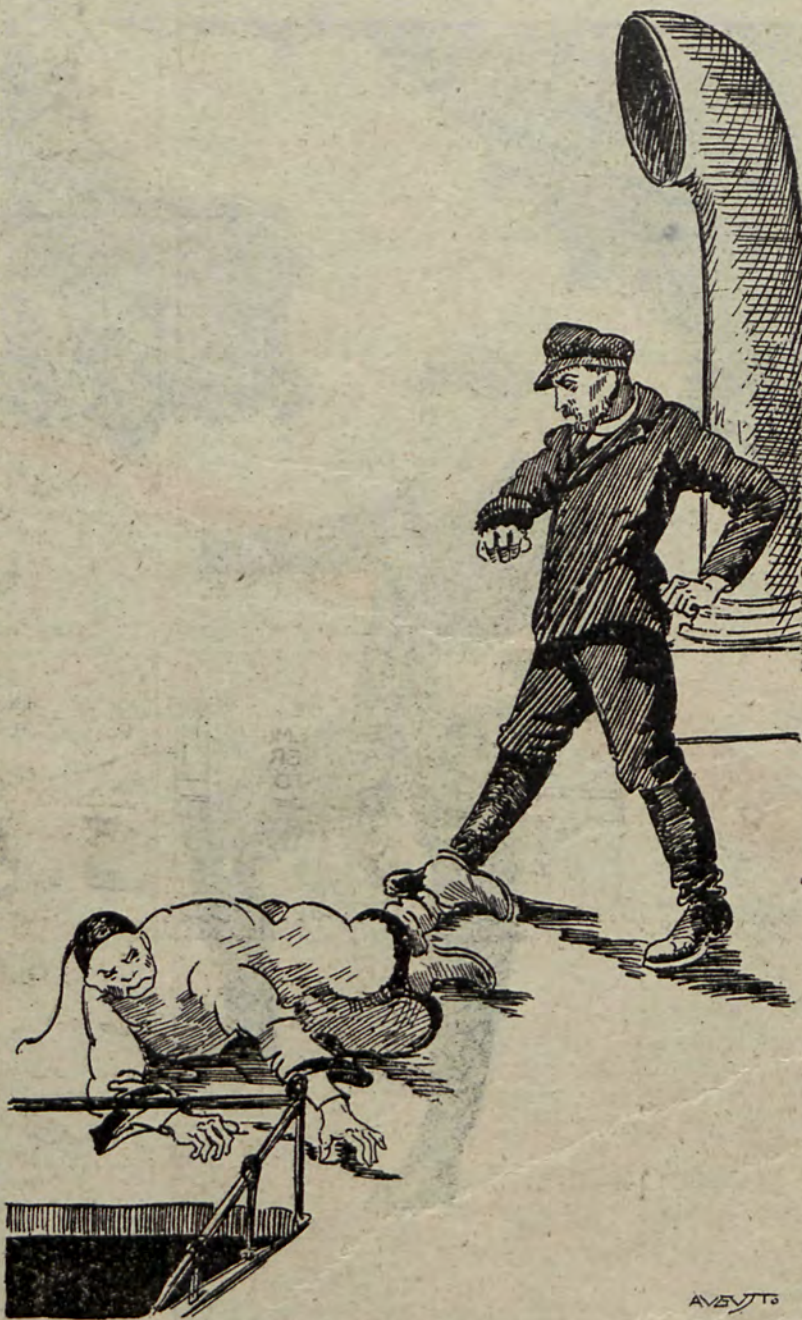
los pobres chinos, metidos en la bodega como arenes en barril.

Viveres escasos y pésimos, agua con cuentagotas, latigazos a quien alzaba la voz para protestar, el cepo a los recalcitrantes, ninguna limpieza y midiéndoles hasta el aire.

Por lo demás, ¿qué miedo podía tener John Taylor?

El armero estaba bien provisto de fusiles y armas blancas; los marineros de guardia llevaban en la vaina un cuchillo y en el cinturón el revólver; a popa y a proa estaban los dos cañoncitos cargados de metralla, con las bocas vueltas hacia cubierta, prontos a barrerla.

(Continuará en el número próximo.)



¿DONDE SE HA-
BRÁ METIDO ESE
FRESCO? ¡TENGO
GANAS DE ECHAR-
LE LA VISTA EN-
CIMA!



¡HAY MOROS
EN LA COSTA!
¡ESCURRIRÉ
EL BULTO!

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡MIRA, AHÍ ESTÁ
ESE CHICO QUE
SE HA MUDADO
HACE POCO A
ESTA CALLE!

¡DESPUÉS DE
LA PALIZA QUE
LE DISTE YA SA-
BRÁ QUIEN ES
EL AMO DE ES-
TA CALLE!

¡HOLA, MUCHA-
CHO! ¿TE ACUER-
DAS DE QUIÉN
SOY YO?

¡NOPIS!

¡LA SEMANA PA-
SADA TE DIÓ POR
DECIR A TODO QUE
SÍ! ¿TE ACUER-
DAS?

¡NOPIS!

¡EH, COLORÍN!
¡TU YA LE ZURRAS-
TE LA SEMANA PA-
SADA. ESTA ME
TOCA A MÍ!

¿ES QUE
NO ME
TIENES
MIEDO TO-
DAVÍA?

¡NOPIS!

¡DEJAME
AMÍ! ¡YO
LE DARÉ
PARA EL
PELO!

¡NO!
¡YO LE
DARÉ!

¡DEJÁD-
MELO
AMÍ!

¿PERO NO
NOS TIE-
NES MIE-
DO A TO-
DOS?

¡NOPIS!



¡A ESTE LO
VAMOS A DE-
JAR MÁS SUA-
VE QUE UN
GUANTE!

¡YA TE EN-
SEÑAREMOS
A NO SER
TONTO!

¿QUÉ? ¿SABES YA
QUIEN MANDA EN
ESTA CALLE?

¡NOPIS!

¿AÚN NO
TIENES BAS-
TANTE?

¿NO
ESTÁS
YA SATIS-
FECHO?

¡NOPIS!

¡YA VEREMOS
QUIEN PUEDE
MÁS!

¿TE DAS
YA POR
VENCIDO?

¡NOPIS!

¡ATIZA!
¡NO LE HEMOS
DADO NI UN
PUÑETAZO!

¡NOPIS!

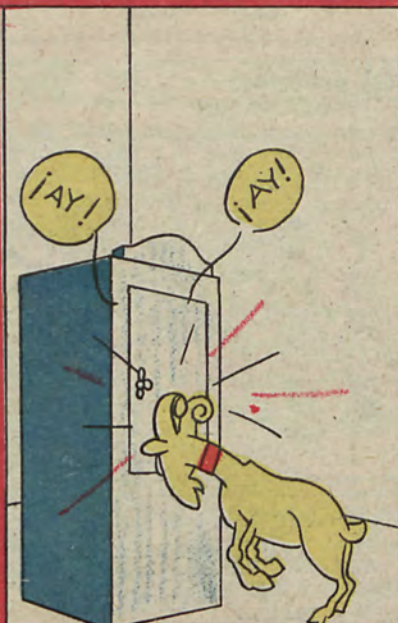
BRANNER

Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1927, by The Chicago Tribune

envia gratis la lista de regalos
que concede a sus suscritores

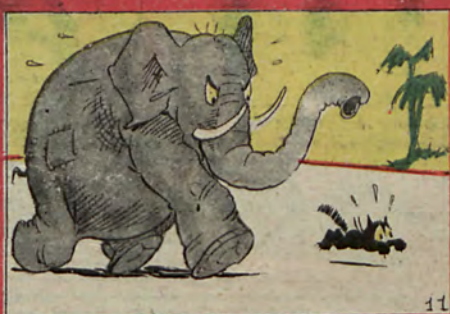
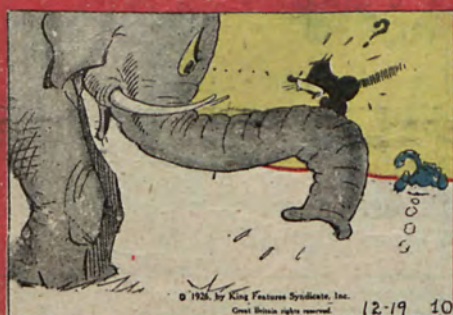


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





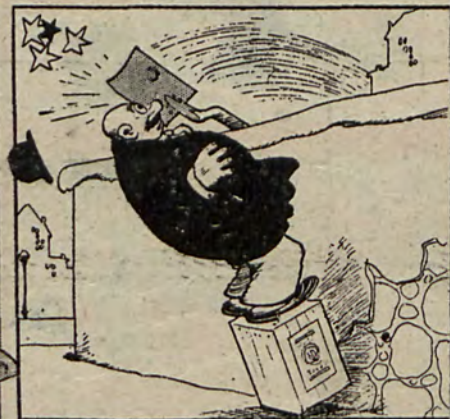
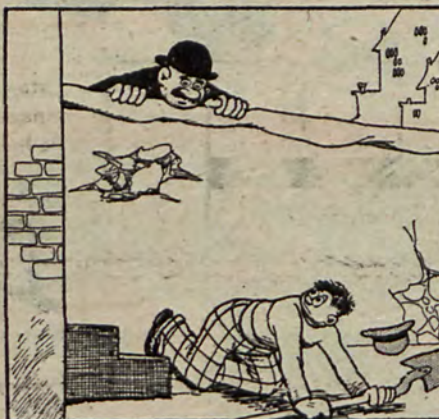
DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



NINOS

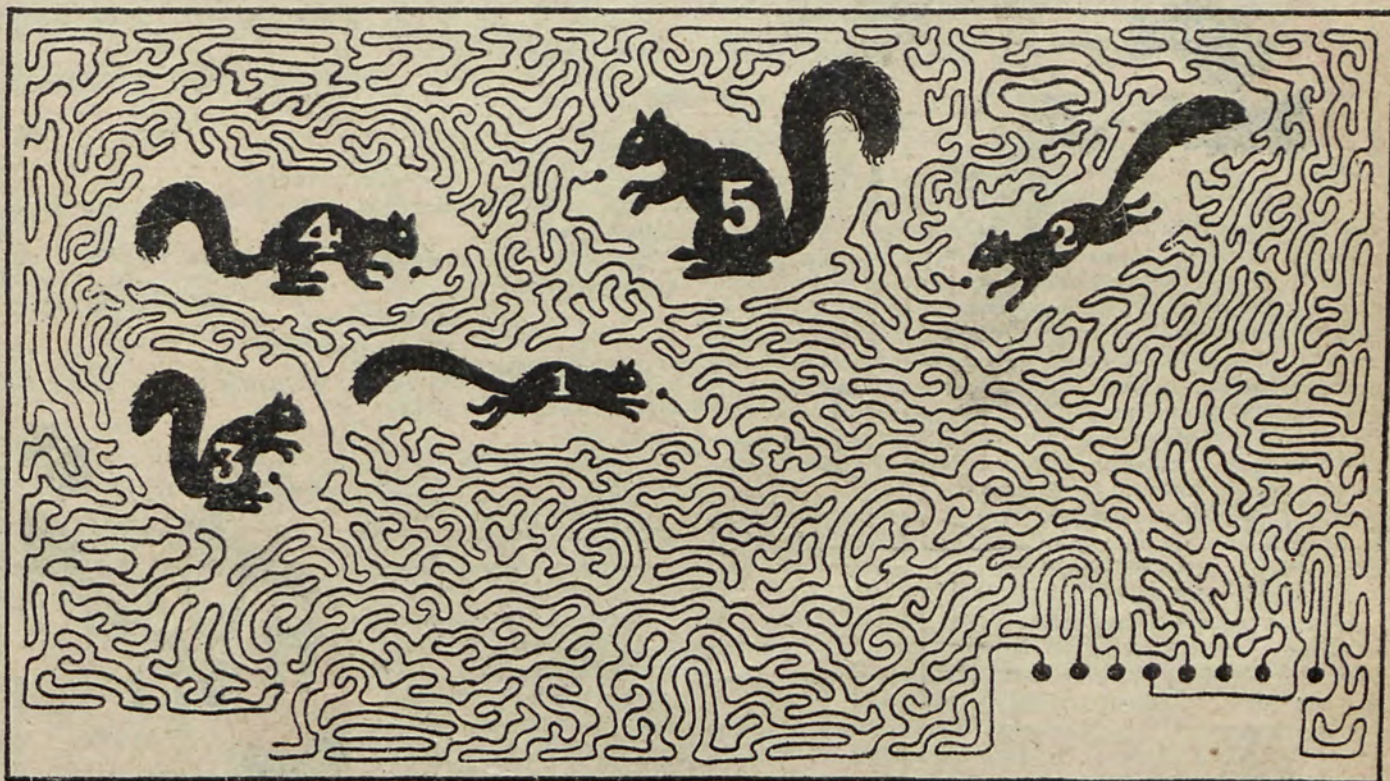
OS INTERESA GUARDAR LAS CAJAS DE CERILLAS DE QUINCE CÉNTIMOS VACÍAS, PUES EN CANJE DE ELLAS OS DARÁN BILLETES GRATIS CON BUENOS PREMIOS. PEDID PROSPECTO DETALLADO EN CUALQUIER ESTANCO.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

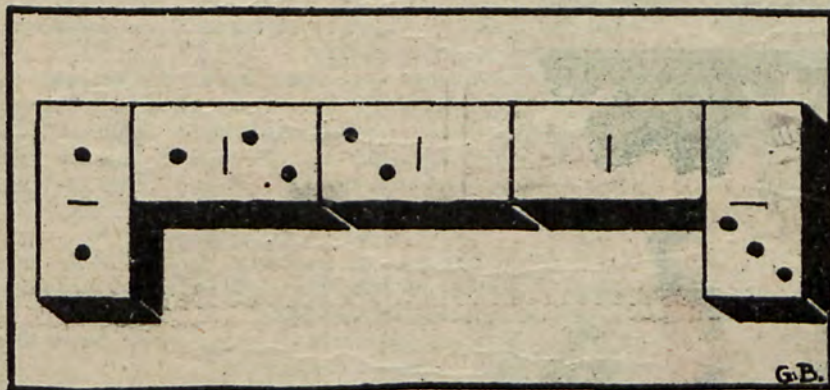
DEL MES DE ABRIL DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LABERINTO



Esta vez, como veis por el presente dibujo, no se trata de un laberinto en el que hay que entrar y salir, o entrar y llegar a determinado sitio, no; este laberinto es más original. Como veis, a la derecha del dibujo hay ocho bolitas negras, y cada una de ellas es el principio de un camino. Estos caminos son cinco, y cada uno de ellos nos conduce a cada una de las ardillas numeradas. Una vez averiguado el camino que conduce a la ardilla núm. 1, poned debajo de su bolita (en las que hay a la derecha) su número correspondiente, y así sucesivamente con las otras cuatro. Una vez terminado, veréis que hay tres bolitas que no conducen a ningún sitio.

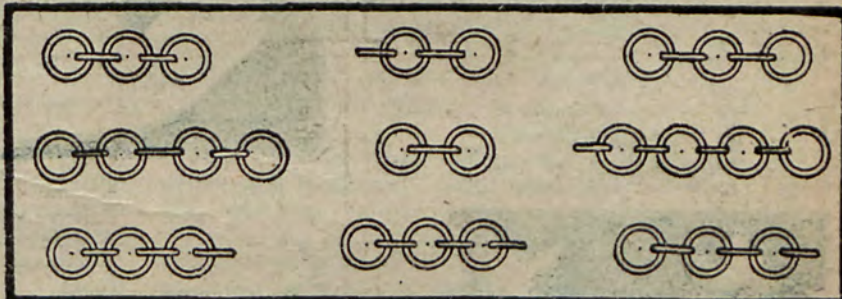


EL DOMINÓ

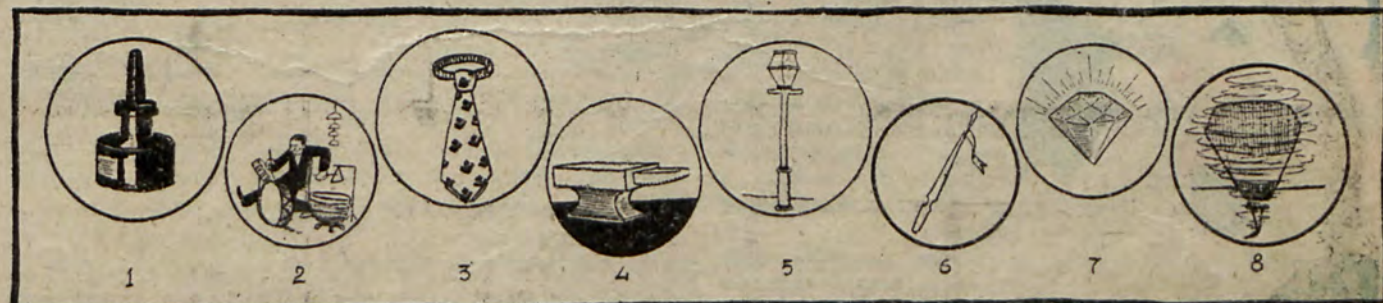
Estas cinco fichas de dominó que aquí veis están combinadas de modo que sumando los puntos de las dos de los extremos suman cinco, y las tres de en medio suman cinco también. Hay otras tres combinaciones con otras fichas de dominó que dan el mismo resultado. ¿Cuáles son? Cuando las hayáis encontrado, buscad cuántas combinaciones se pueden hacer con cinco fichas de dominó de manera que las de los extremos sumen 6, y las del centro sumen 6 también.

LA CADENA DE PIRULA

Pirula, nuestra simpática y querida colaboradora, ha entrado muy compungida en la redacción, pues se le ha roto nada menos que su cadena de oro. ¡Pobre Pirula! Al poner los trozos sobre la mesa, se me ha ocurrido un curioso problema. Como hay que arreglar la cadena, hemos llamado a un platero y nos ha dicho que por soldar una anilla nos llevará 2 céntimos, y por abrir una anilla nos llevará sólo 1 céntimo. Ahora bien; como Pirula no tiene dinero, pues las muñecas jamás han tenido dinero, os ruego me digáis la forma de cómo hay que arreglar la cadena para que cueste menos. ¿Cuántas anillas hay que abrir y cuántas hay que soldar?



ROMPECABEZAS



He aquí otro trabajo de Colorín. Como veis, hay ocho redondeles, y dentro, un dibujo. De lo que representa cada dibujo, tomad una letra por el orden en que están colocados, y con ellas formad el nombre de un personaje muy conocido. Como veis, Colorín, nuestro entrañable amigo, en los ratos que le deja libre su pandilla, trabaja y trabaja bien. ¡Viva Colorín!



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

El tonto y el árbol.—El cuento que os voy a referir me lo ha contado a mí cierta muñeca rusa

muy amiga mía. Era una de esas muñecas que seguramente conocéis, que son de madera, con la cara y los brazos pintados; llevan sobre la cabeza un pañuelo rojo, pintado también, y se les ve el pelo muy aplastado y peinado con la raya en medio. Estas muñecas se abren por el centro, pues en realidad son unas cajas, y de ellas sale un muñeco que figura un anciano de barba blanca; del anciano sale otra muñeca vestida, quiero decir, pintada de verde; de ésta sale otra, y otra, y otra, y como cada una es más pequeña, naturalmente, que la anterior, la última tiene el tamaño de la cuarta parte de un dedal.

Preguntaréis quizá que a qué viene la descripción de estas muñecas rusas. Pues viene a cuento de mi cuento, que, como la muñeca que me lo ha contado, es ruso también.

Ahí va mi cuento ruso:

Erase en una aldea un anciano que se murió dejando tres hijos; los dos mayores eran listos, pero eran malos, egoístas y tacaños; el tercero era, el pobre, más tonto que una mata de habas; pero era bueno, confiado y generoso.

Los dos mayores, que se llamaban Ivan y Gregor, se solían burlar del pobre Sacha, y el infeliz ni siquiera se atrevía a quejarse.

Al morir el anciano, Ivan y Gregor se apresuraron a coger la mejor parte de la herencia: el primero se apoderó de la casa y de la huerta, el segundo se apropió las tierras de labranza y el ganado.

¿Y Sacha? Pues a él le dejaron un viejo buey cansino que ya no servía para nada, y añadieron a este don espléndido el de un hacha que tenía la hoja mohosa y el mango partido.

Eso sí, prometieron alimentar a su hermano, y, en efecto, de vez en cuando le arrojaban algún mendrugo de pan.

Tonto y todo, Sacha, al verse en tan triste situación, tuvo una gran idea: la de vender su buey.

Le ató una cuerda, y, pian pianito, se lo llevó al mercado del pueblo vecino.

De camino pasó por un bosquecillo y se detuvo a descansar un rato a la sombra de un árbol.

Y he aquí que el viento, al pasar por entre las hojas las hizo murmurar.

Sacha se levantó de un brinco, creyendo distinguir en este murmullo las palabras del árbol, que hablaba y le ofrecía comprarle el buey.

—Te lo dejaré —dijo al árbol— si me lo pagas, que yo, pese a lo que se creen mis hermanos, no tengo pelo de tonto.

(¡Pobrecillo! Pelo y hasta peluca de tonto tenía.) En respuesta, el árbol tornó a murmurar, y Sacha se rascó una oreja, algo preocupado.



—Sí, sí; tú quieres que te lo deje y me prometes que me pagarás mañana. Pero, ¿y si luego no cumples tu palabra?

Nuevo murmullo del árbol.

Sacha se decidió:

—Tienes razón, mi buen amigo, en incomodarte porque yo haya dudado de ti; ahí te dejo el buey, y ya volveré mañana por el dinero.

Y, tan tranquilo, regresó a su casa, donde sus hermanos se quedaron estupefactos al verle sin el buey.

—¿Pero es posible que tú solo hayas sabido venderlo? —le preguntaron.

—¡Anda, ya lo creo! —exclamó Sacha lleno de orgullo—. He hecho una gran venta.

—A ver el dinero.

—Me lo darán mañana.

—¿Pero quién ha sido el comprador?

—Un árbol muy hermoso que hay en el bosque de la Baba-Yaga.

(La Baba-Yaga es una bruja rusa, a la cual tengo entendido que se le parecía bastante

la bruja Kotorrolovicz de la larga nariz.) (1).

No queráis saber las burlas y las chirigotas que acogieron la declaración del pobre tonto.

¿Vender el buey a un árbol?

¿A quién podía ocurrírsele tamaño disparate?

Perdido y bien perdido estaba el buey.

Pero Sacha no hizo caso: él había cerrado trato con el árbol, y confiado en la palabra de este singular comprador, se fué a dormir. Al día siguiente volvió al bosque; el buey había desaparecido (como que Gregor e Ivan habían ido de noche y se lo habían llevado).

—¿Y mi dinero? —preguntó Sacha.

Aquel día el aire era ligero, y el murmullo del árbol era casi imperceptible.

—Vaya —exclamó Sacha descontento—, veo que solicitas un nuevo plazo para pagar, y estás tan avergonzado de tu informalidad, que no te atreves a levantar la voz. En fin, hoy te perdono; pero ¡ay de ti como no tengas mañana el dinero preparado!

Se volvió a su casa cabizbajo.

Esta vez, sus hermanos, encantados de haberse quedado tan fácilmente con el buey, casi no le dijeron nada.

Pasó otra noche, y ya tenemos a Sacha de nuevo ante su comprador.

Esta vez el comprador permaneció callado, sin contestar ni con el más leve murmullo a todas sus preguntas, sus ruegos y sus amenazas.

Y es que aquel día no hacía aire.

Al fin el pobre Sacha se enfadó.

—Vaya —exclamó—, veo que obras de mala fe; no quieres pagar; está bien. Al menos me cobraré de alguna manera. Te cogeré y te venderé; siempre valdrás tanto como el buey que me has robado.

Y dicho y hecho.

Aprestó su hacha y dió con ella un tremendo tajo en el tronco.

El árbol, que era viejísimo y estaba medio podrido, se partió y, ¡oh, maravilla!, en un hueco del tronco aparecieron cosas relucientes: eran monedas de oro y de plata, brillantes y esmeraldas que estaban ocultas en el tronco secular.

Así fué como se enriqueció Sacha el tonto; de su tesoro hizo un buen uso aliviando cuantas miserias se le presentaron.

Pero lo más asombroso fué que supo conservar sus riquezas y defenderlas de la codicia de sus hermanos. Y es que, de alegría..., se volvió listo.

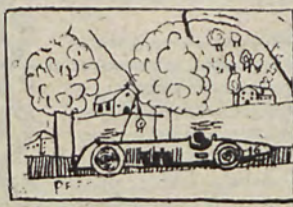
(1) Véase «Pinocho se convierte en bruja».



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

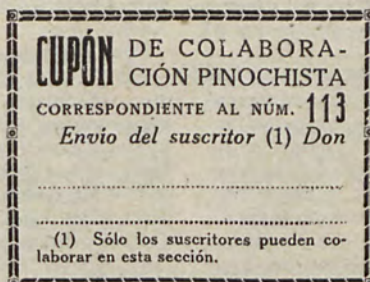
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Perris Thomas.
E. LETAMENDIA.



Una chula.
ALICIA M. VALDERRAMA.



Una morena.
MANUEL NIETO MOLINA.



Pinocho vence a Chapeto.
ISIDRO S. COVISA.
Nueve años.



Un bandido mejicano.
PAULO NAGUEIRA.
Once años.



Un edificio de 110
pisos.
JULIÁN ORDEN.



Lo que mi pajarito ve cuando
va a la guerra.
M. Q.



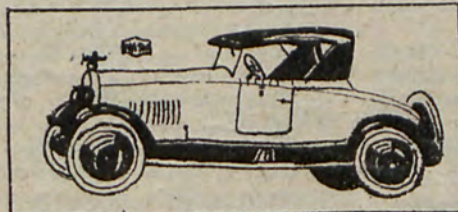
Paisaje.
MATILDE VEGA.—Doce años.



Pinocho, equilibrista.
FERNANDO ARILLA.—Trece años.



El barco de Pinocho.
HUETE.



Un «Nash».
EDUARDO MIURA.



Chapete y Pinocho.
MERCEDES ARRARTE.



Don Turulato.
EUGENITA PEREIRA.
Cinco años.

Cuento.

Había en un reino, cuyo nombre no recuerdo, un rey llamado Dagoberto, que habiéndosele muerto su esposa, dejó una hija, una princesita rubia y bella como jamás se había visto, llamada Mari-Rosa. Mari-Rosa era sencilla y laboriosa como el último ciudadano, y gustábase hacer caridades acompañada de su institutriz. Habiéndose puesto el rey enfermo, vinieron a palacio los médicos más afamados, pero no lograron llegar a un acuerdo; pero al fin dieron el fallo: el buen rey estaba loco. La noticia causó mucho dolor al pueblo, pero mucho más que a nadie, a la princesita. Llamaron a un sabio, el cual manifestó que la cura del rey dependía de una perla que guardaba una serpiente de ojos verdes, la cual tenía tres gotas de elixir maravilloso y estaba en lo más espeso del bosque. La princesa hizo publicar un bando, y al que trajera la perla le concedería gustosa su mano. Inmediatamente se presentó un paje que estaba prendado de la princesa, llamado Eduardo, que organizó una expedición a su mando; recorrió todo el bosque, y cuando empezaba a desesperarse oyó silbar a la serpiente, que al verlo le miraba fijamente. Un escalofrío invadió su cuerpo; pero, movido por una fuerza extraña, le tocó en la cabeza, y ésta, abriendo la boca, dejó caer la perla y desapareció. Aprétó en su mano la perla y huyó a palacio. Al llegar, su majestad agonizaba; al colocar Eduardo la perla sobre una mesita, ésta se abrió sola y dejó ver en su interior un líquido rojo, que era la salvación de Dagoberto. Eduardo se apresuró a verter tres gotas en la boca del soberano. Comenzó a delirar durante tres días; al cuarto día se pudo levantar. ¡Estaba curado! Mientras tanto, los doctores estaban preparando medicinas, y al verlo que estaba ya bueno creyeron que eran ellos los locos y echaron a correr, no debiendo todavía haber parado. Se hicieron grandes fiestas para conmemorar la curación del rey y el casamiento de Eduardo con Mari-Rosa, siendo muy felices. Y colorín colorado, este cuento se acabó.

PEPITA B.
Doce años. Madrid.

Cuento chino.

En la china, como en todas partes, hay gallinas y también ratones. Pues señor, era un pueblecito muy chico que se llamaba Kan-Sing, y en aquella villa había un señor chino llamado Cochundi, el cual no tenía mujer ni hijos. En el pueblo tenía una casa muy vieja y grande, pero por ser vieja tenía muchos ratones; el señor no los podía ver y tenía mucha razón.

Un día se cayó un ratón en la comida, y el señor se puso rabioso y dijo que a la persona que quitase los ratones le daría un gran premio.

El cocinero oyó lo que dijo el señor y compró un queso muy grande, se lo amarró al cuerpo y fué corriendo; cuando llegó al río echó el queso, y los ratones fueron detrás. Entonces el amo le dio mucho dinero. Si todos los hombres fueran como Cochundi, ¡qué bien estaría el mundo!

ANTONIO VILDÁSOLES.
San Sebastián.

Horrorosa equivocación.

Decidiendo tomar una profesión honrosa, y como no sabía leer ni escribir, me daba reparo ser médico, abogado o escritor y adopté la profesión de pobre. ¿Jorobado? ¿Ciego? No sabía qué partido tomar; un mendigo profesional me aconsejó la de mudo. Me presenté, pues, en una gran fábrica de placas para inválidos y encargué un precioso cinc en que se leyera: «Tened piedad de este pobre mudo». Cinco días después lo recogí. Mas, por un sensible error, el certificado era de sordo. Estaba de Dios que no me diese cuenta del error hasta más tarde, a expensas mías. Me colgué la chapa al cuello y me instalé junto a las taquillas de Fontalba; sin afectar los modelos de un joven «dandy», iba vestido con cierta limpieza. Cuarenta personas cumplieron con Dios depositando su óbolo en mi platillo. Cuando iba a retirarme, una vieja depositó dos reales en el platillo. Eché a andar y me paré en el borde de la acera. La señora me cogió del brazo y me gritó:

—Cuidado, buen hombre, un auto.
—Ya lo oigo —la dije.
—¿Pues no es usted sordo?

—Soy mudo.

—¿Cómo usted es mudo y habla?

No pude convencerla, y como no soy amigo de discusiones, la devolví sus dos reales y me fui corriendo.

GREGORIO PECES.
Trece años.—Madrid.



Currinche.
JOSÉ MANUEL P.
Doce años.



Busto de Meronguis.
MERCEDES REY.



El «Studebaker» de mi papá.
ARACELI CASAJÚS.



Pinocho pasando por la Puerta del Sol.
R. GASCÓN.



El «Litri».
ANTONIO MARI-
BONA.—14 años.



Estudio.
CARLOS FRÍAS.

¡¡Sólo quedan trece días!!

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio: Una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927.



ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

hizo su contertulio, asignándole un sueldo de mil dinares cada mes. Alá Addín siguió desempeñando este cargo al lado del Sultán.

En otra ocasión, estando también trabajando con el Califa, se presentó en el salón de Consejos un emir con espada y escudo, diciendo: «¡Oh Príncipe de los creyentes! Sobreviva tu persona a la del jefe de los Sesenta, que ha muerto hoy». Y el Califa mandó investir a Alá Addín Abusamat con aquel cargo en lugar del difunto; y como éste no tenía hijos ni mujer, Alá Addín hubo de encargarse de sus riquezas. Y el sultán le ordenó: «Entiéralo y toma todas las cosas que haya dejado: dineros, esclavos, esclavas y sirvientes».

Alá Addín se marchó, llevando al estribo derecho a Ahmed Addanaf, capitán de la mano derecha del Califa, seguido de sus cuarenta soldados, y al estribo izquierdo a Hasán Sumán, capitán de la mano izquierda, con sus cuarenta guardias. Volvióse Alá Addín hacia Hasán Sumán y sus seguidores y les dijo:

—Sed intercesores de mí cerca de Ahmed Addanaf para que se digne aceptarme por hijo.

Y Ahmed lo adoptó, y le dijo:

—Mis soldados y yo iremos delante de ti al Consejo todos los días.

Siguió Alá Addín al servicio del Califa. Cierta día llegó a su casa, después de haber terminado sus tareas en Palacio, y sentóse en compañía de su esposa Zobeida, la tocadora de laúd; encendió ésta la lámpara y a poco levantóse y salió del aposento. De pronto oyó Alá Addín un grito fuerte y salió corriendo a ver quién gritaba; vió que había sido su esposa Zobeida, que yacía tendida en el suelo. Púsole la mano en el pecho y notó con espanto que había muerto. Como la casa del padre de Zobeida estaba al lado de la de Alá Addín, aquel oyó también el grito y preguntó:

—¿Qué sucede, oh mi señor Alá Addín?

—¡Quiera Dios —respondió— hacer sobrevivir a tu persona, oh padre mío, a la de tu hija Zobeida! ¡Pero sólo nos queda el consuelo de enterrar su cuerpo!

Al amanecer dieron sepultura al cadáver de la infortunada Zobeida, y el padre y el esposo se consolaban mutuamente. Vistióse Alá Addín trajes de luto y, apartado de las tareas del Consejo, pasaba los días llorando y con el corazón entristecido. Preguntó el Califa a su visir Cháfar cuál era la causa de que Alá Addín no asistiera al Consejo, y el visir le contestó que motivaba la ausencia el duelo que tenía por la muerte de su esposa Zobeida, la excelente tocadora de laúd. El Sultán decidió que debían ir a darle ánimo y consuelo, y, acompañado por el visir y por algunos cortesanos se encaminó a la casa del afligido Alá Addín. El cual estaba sentado, a solas con su dolor, cuando se presentaron sus egregios visitantes. Salíó a su encuentro y se prosternó ante el Califa, que le dijo cariñosamente:

—¡Que Dios quiera concederte de nuevo el bien!

—¡Dios nos conserve tu persona, oh Príncipe de los creyentes! —contestó Alá Addín.

—¿Por qué causa —preguntó el Sultán— te has alejado, oh Alá Addín, de nuestro Consejo?

—¡Por el luto y la pena que me ha producido la muerte de mi esposa Zobeida, oh Príncipe!

—Aleja de tu alma el dolor, pues ella ha muerto en la misericordia del Señor, y de nada te aprovechará el estar triste.

—¡Oh Príncipe de los creyentes! Mi pena no terminará sino con mi muerte, cuando me hayan enterrado junto a ella.

—En Dios está ciertamente —replicó el Califa— la recompensa de toda pérdida, y ni la astucia ni la riqueza pueden librar a nadie de la muerte. Con cuánta razón dijo el poeta:

Todo el que ha nacido de mujer, por mucho que dure,
día llegará en que lo coloquen sobre el encorvado ataúd.

¿Cómo se han de divertir o han de encontrar agradable la vida
los que saben que sus mejillas han de ser cubiertas con tierra.

Y el Califa, después de prodigarle toda clase de consuelos, le encargó que no dejara de asistir a los Consejos, y se volvió a su palacio. Al día siguiente, Alá Addín concurrió; prosternóse ante el Sultán, quien, levantándose de su trono para salir a su encuentro, le dió la bienvenida y lo saludó, lo puso en el lugar que le correspondía y lo invitó a cenar con él aquella noche. Pero ni las atenciones del

Sultán ni la música de sus esclavas lograba distraer a Alá Addín.

Pasó algún tiempo, y Harún Arraxid quiso der esposa a su amigo, para lo cual encargó al Tesorero que entregara diez mil dinares al visir Cháfar y recomendó a éste que comprara una esclava para Alá Addín. Quiso la suerte que sobre la misma persona en quien puso los ojos Cháfar, una bella esclava llamada Jazmin, se fijara también el gobernador de Bagdad, para su hijo Habadlán Batata. Cháfar pujó por ella en la subasta más que Jálid, pagó por ella diez mil dinares y la compró para Alá Addín, el cual le dijo: «Eres libre, por el amor de Dios (jensalzado sea)». Y seguidamente hizo redactar su acta matrimonial con ella y se la llevó a su casa.

El hijo de Jálid enfermó gravemente, de la rabia y desesperación que le produjo el no poder comprar la esclava Jazmin; y en estas, cuando la madre del enfermo estaba en su casa llena de amargura y pesadumbre, se le presentó una vieja. Era ésta la madre de Ahmed Camáquin el Ladrón, famoso bandido que lo mismo atravesaba una pared que escalaba un tejado, que robaba hasta el *kohol* de los ojos. Con tan abominables aptitudes se había destacado desde su más tierna juventud. Lo nombraron jefe de los vigilantes; pero robó cierta cantidad de dinero y lo descubrieron; el gobernador le echó mano y lo llevó a la presencia del Califa, quien dió órdenes para que lo ajusticiaran en la plaza pública. El reo solicitó la intervención del visir, a quien no podía rehusar nada el Sultán, y el visir pidió clemencia para el condenado. «—¿Cómo te atreves a pedir indulto para una víbora, peligro de la humanidad?» —preguntó el Califa. «—¡Oh Príncipe de los creyentes! Manda que lo encarcelen: el que inventó la prisión era un sabio, pues la cárcel es una tumba de la vida y el regocijo de los enemigos del aprisionado».

Y el Califa accedió a lo que le pedía el visir y lo mandó encerrar en un calabozo, con fuertes cadenas, y en ellas hizo escribir esta inscripción: «*Condenado hasta la muerte: no se librará sino en el banco donde lavan los cadáveres.*» Y en la prisión seguía encadenado.

Su madre frecuentaba la casa del emir Jálid, el gobernador, y visitaba a su hijo en la cárcel. En una ocasión, le reprochaba:

—¿No te decía yo que te arrepintieras de tus malas acciones?

—Dios había decretado que yo hiciera esto —contestaba el bandido—; no obstante, madre mía, cuando veas a la esposa del gobernador, convéncela para que interceda por mí ante su marido.

La primera vez que la vieja fué a casa del gobernador, se encontró a la mujer muy preocupada y apenada.

—¿Por qué estás triste?

—Por la salud de mi hijo Habadlán Batata.

—¡Dios le devuelva la salud! —repuso la vieja—. ¿Y qué le ha sucedido?

Y la madre, afligida, le contó detalladamente la historia. La vieja le preguntó:

—¿Qué dirías tú de quien inventase una treta que diera por resultado la salud de tu hijo?

—¿Qué piensas hacer? —interrogó con ansiedad la madre.

—Yo tengo un hijo llamado Admed Camáquin el Ladrón, que yace encadenado en un calabozo con la inscripción de «Hasta la muerte» puesta en sus grillos. Tú te arreglas y te vistes lo más espléndidamente que puedas, te acicalas, y con el mayor agrado y la más placentera de tus sonrisas, vas a ver a tu marido, y le dices: «—Cuando un hombre pide algo a su esposa, ésta en seguida se lo concede; pero si la esposa desea algo del marido, no logra satisfacción.»

—¿Qué es lo que quieres? —te preguntará; y tú, cuando te haya jurado por Dios o por la vida de su cabeza, que ha de atenderte, le dirás: «—Tienes en el calabozo a un capitán llamado Ahmed Camáquin: su madre es una desgraciada que ha venido a mí y me ha rogado que te convenza para que intercedas cerca del Califa, pues su hijo está arrepentido y tú ganarás la recompensa divina por tu buena acción».

—Lo haré como me dices —contestó la mujer del gobernador.

En efecto, apenas vino su marido, le dijo cuanto la vieja le había indicado. Y el gobernador al día siguiente,

(Continuará en el número próximo.)



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy vas a hablarme de la fabricación del vidrio. Quiero saber cómo se hacen las botellas, los vasos, los cristales de las ventanas, etcétera, etc. ¿Te parece bien el tema?

—Excelente.

—Pues aquí me tienes arrellanado en este butacón y pendiente de tus palabras. Ya puedes empezar cuando gustes. Dime, ¿qué cosa es el vidrio?

—El vidrio es el resultado de mezclar dos sustancias de obtención sencillísima. Piedra basáltica y ceniza de madera.

—¿Nada más?

—Para obtener un vidrio ordinario no te hace falta más.

—Es decir, que si yo cojo varios trozos de piedra de basalto, los echo en una cacerola y los espolvoreo con ceniza de madera, ¿ya está hecho el vidrio?

—Está en camino de hacerse. Has dado solamente el primer paso. Ahora hay que combinarlos.

—Pero no están ya combinados?

—Hasta ahora sólo están mezclados, que no es lo mismo.

—Yo creía que mezclar y combinar era igual.

—Son dos cosas completamente distintas. Mezclar es simplemente poner juntas varias cosas sin que ninguna de ellas pierda sus cualidades y en cambio combinar es unir varias cosas de tal forma que estas cosas pierdan sus propiedades y den origen a otra cosa completamente nueva. Te pondré un ejemplo para que lo entiendas mejor. Si en un vaso vacío echas un puñado de azúcar blanca y otro de azúcar morena y los revuelves, habrás hecho simplemente una mezcla. Si tuvieras paciencia, podrías con unas pinzas ir separando granito por granito de azúcar hasta reconstituir cada uno de los puñados.

—Mucha paciencia y mucho tiempo serían precisos.

—Pero no sería imposible separar las dos clases de azúcar ¿verdad?

—Claro que no.

—Pues eso es una mezcla.

—En cambio, si cuando está el vaso con las dos clases de azúcar echas agua, ¿qué pasará?

—Pues que se pondrá el agua dulce.

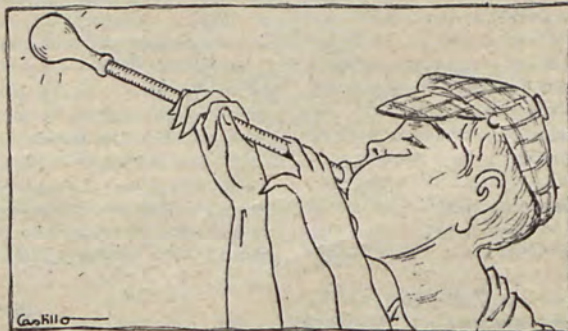
—Desde luego; pero ¿podrás separar los granitos de azúcar blanca y los de la morena?

—No, porque se habrán disuelto en el agua.

—Ahí tienes una combinación.

—Lo entiendo perfectamente.

—Del mismo modo si en una cacerola echas trozos de piedra basáltica y ceniza de madera, estarán simplemente mezclados; pero



si pones esa cacerola al fuego, las dos sustancias se combinarán por fusión y darán origen a una nueva sustancia, que es el vidrio.

—Me parece una cosa extraordinariamente sencillísima hacer vidrio. ¿Sirve una cacerola cualquiera?

—No, querido Chonón. No sirve una cacerola cualquiera porque como ha de someterse a una temperatura muy alta, correrías el riesgo de que se te fundiera la cacerola antes que el contenido de ella. Es preciso emplear un recipiente de arcilla muy dura que sea refractaria al fuego para que pueda soportar las temperaturas elevadísimas de los hornos. Estos recipientes se venden en el comercio con el nombre de «crisoles».

—Bueno; ya tenemos el cristal; ¿qué se hace ahora para fabricar con él una botella?

—Tenemos el vidrio, pero no el cristal, amigo Chononcito.

—¿Qué diferencia hay entre el vidrio y el cristal?

—El cristal contiene plomo y otras sustancias y el vidrio no. Ya has visto con qué facilidad se obtiene el vidrio. En cambio, para obtener un cristal de buena calidad, hace falta arena de sílice, potasa, plomo, sosa, carbón vegetal, arsénico, salitre, algunos ácidos y trozos de vidrio del más ordinario. Todas estas sustancias se mezclan al fuego y se obtiene una pasta líquida limpia y transparente como el agua. Cuando esta pasta empieza a enfriarse adquiere una semifluidéz que permite darle las más variadas formas.

—Pero no se podrá coger con las manos, porque quemará.

—Naturalmente. Los operarios de la industria del cristal emplean unos largos tubos de hierro que se llaman «cañas». Con estos tubos cogen un trozo de pasta y, soplando por el tubo se va hinchando la pasta como si fuera un globo de goma. Si se hace que este globo o ampolla se ajuste a las paredes de un molde de hierro, es evidente que tomará la forma de este envase. Así se fabrican botellas de caprichosas curvas.

—¿Y cómo hacen los cristales de las ventanas?

—El procedimiento a seguir es más sencillo. Basta con echar la pasta sobre una superficie plana con bordes elevados para que no se caiga y luego se la somete a presión para darle el espesor deseado. Conviene que el enfriamiento del cristal se haga lentamente, porque así se solidifica con mucha más consistencia que si se enfriara con rapidez.

—Muy bien, querido buho. Por hoy has dejado satisfecha mi curiosidad. Si te parece, nos iremos a pasear un rato. Hace un día espléndido.

—Como gustes, Chononcito.

—Pues vámonos.

—Vámonos.

VALE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribasc aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

PINOCHO SORTEA CADA MES SESENTA PESETAS EN DINERO Y LIBROS ENTRE SUS SUSCRITORES. EN EL NUMERO PRIMERO DE CADA MES PUBLICA EL NOMBRE DE LOS FAVORECIDOS.

SIENDO SUSCRITOR A PINOCHO SE PUEDEN COMPRAR LAS TAPAS PARA ENCUADERNAR LA COLECCIÓN MUCHO MÁS BARATAS (3 PESETAS) QUE NO SIENDO SUSCRITOR (5 PESETAS).



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

F. Villaverde.—Está graciosísimo el Don Policarpo que me mandas, y muy bien resuelta la cabeza de caballo, que con gran acierto titulas «Un bonito ejemplar». Por los dos lindos trabajos te envío mi felicitación calurosa. Excuso decirte que, en cuanto les llegue su turno, irán a las páginas de mi Revista. Muy tuyo.

Vicente Pedrera.—He recibido una magnífica plana que parece una nave del Museo de Pinturas. Dibujos y textos acertadísimos y encerrados en unos preciosos marcos dignos del mejor estilo de la época pompeyana. Así quiero que vayan a las páginas de mi Revista, con marco y todo, y así irán tan pronto como les toque salir. Envíame muchas cosas, porque, a juzgar por la muestra, eres un dibujante de estilo excepcional, personalísimo. Bien, muy bien por mi simpático y querido amigo Vicentito. Te envío un abrazo que son muchos abrazos en uno.

Antonio Chorro.—Ya están componiendo en la imprenta tu precioso cuento. Este es el mejor elogio que de él puedo hacerte. En el momento que le toque su turno lo verás en mi Revista. Cariñosísimos recuerdos de Anita (que te envía una especial felicitación por el fondo de tu magnífico trabajo) y muchos abrazos de Potipán, Currinche, Don Turulato, Morronguis, etc. etc.

Felipe Nuerña.—Hasta que no aparezca el fallo del Jurado estoy yo exactamente lo mismo que tú. Es decir, que estoy sin saber ni una palabra de la suerte que correrán tus soluciones. Puede ocurrir que ganes el primer premio, y puede ocurrir que no ganes ninguno. También es posible que ganes un «accesit» con diploma, y también es posible que no lo ganes. Todo depende de como estén dichas soluciones. Así que esperaremos. ¿no te parece? Muchísimos abrazos.

Emilia Martínez.—«La Enamorada Clorinda» ha llegado y ha triunfado. Es todo un señor cuento. Irá en cuanto le corresponda salir. Mi felicitación y abrazos muy efusivos de Anita, Pirula, Laura, etc., etc.

Jorge V. Radaelli.—Yo ya sabía que un pinochista tan listo, tan inteligente como tú se daría perfecta cuenta de lo sencillísimo que es cambiar en un di-

bujo el nombre de su autor. La clasificación, la ordenación, la imprenta, la reproducción y tantos elementos, en fin, como intervienen en el manejo de los trabajos de mis queridos pinochistas, son causas que por su complejidad pueden muy fácilmente determinar un cambio de nombres. Tú lo comprenderás, seguramente. Habrás recapacitado y habrás comprendido que en cualquier error de esta clase no hay sino una equivocación involuntaria y lamentabilísima para mí. El dibujo que ahora me envías es formidable. Es un dibujo digno de un dibujante tan estupendo como tú. Excuso decirte que irá a las columnas de mi Revista tan pronto sea posible. Abrazos de Morronguis, de Cañamón, de Currinche; de todos, de todos, de todos.

M.^a Pepa G.^a Morente.—Tu linda comedia en dos actos está ya en la imprenta para que la compongan y salga en mi Revista en cuanto le llegue su turno. Es preciosa y divertidísima. Te felicito por el acierto. Si, después de leída por los pinochistas, pudiera levantarse el telón, seguramente que te harían salir a escena. Mi aplauso y mis abrazos.

Aurorita Carrasco.—Muy bien, muy bien tu magno dibujo del auto. El pobre Currinche ha llorado negras lágrimas cuando lo ha visto. El quería ir sentado al lado de Don Turulato; pero, por esta vez, se tiene que fastidiar y quedarse a pie. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Otra vez será! Muchos y fuertes abrazos de tu gran amiga Pirulita.

Luis Guerrero.—Tu estupendo y patriótico dibujo es todo un himno al Dos de mayo. Y tan magnífico es este trabajo como el retrato del rey Fernando V. Ambos irán a su tiempo a las columnas de mi Revista. Abrazos de Currinche, Don Turulato, Cañamón, Tin, Ton, etc., etc.

Pinocho

Si eres buen amigo de Pinocho envíale hoy este Boletín de suscripción



D., que vive en (Población.)
..... se suscribe desde el pró-
(Calle.) (Provincia o Estado.)
ximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	} cuyo importe de	20 pts.
UN SEMESTRE		10 pts.
UN TRIMESTRE		5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de de 192....
(Población.)
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

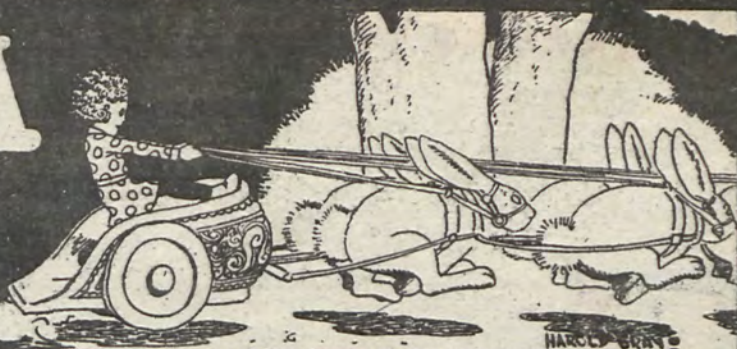
Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:

ANITA

BUEN-CORAZON



¡YA ESTAMOS A 17 DE ABRIL! ¡HAY QUE VER COMO CORRER EL TIEMPO!



¡Y CUANTAS COSAS HAN PASADO DESDE ENTONCES! ¿TE ACUERDAS DE AQUELLOS ELEFANTES DEL CIRCO, CUANTO ME QUERIAN?



¡Y DE AQUEL CERDITO, GURRIDINI, QUE CARINOSO ERA!



¡QUE CELOS TENÍASTU DE GURRIDINI! ¿TE ACUERDAS DE CUANDO NOS DESPIDIÓ AQUEL EMPRESARIO?



¡LOS ELEFANTES PROTESTARON DE ESTA MALA ACCIÓN Y SE ESCAPARON, GRACIAS A MÍ QUE LOS HICE VOLVER, NO SE ARRUINO AQUEL DESDICHADO!



¡Y ES QUE AQUELLOS ELEFANTES TAN GRANDES, TAN GRANDES, ERAN MUY BUENOS! ¡Y AQUEL HOMBRE LOS TRATABA MUY MAL!



¡POR ENTONCES FUE CUANDO APRENDI YO A HACER ALGUNOS EJERCICIOS EN EL TRAPEZIO. Y YA HACIA UN NÚMERO EN QUE ME QUEDABA SUSPENDIDA BOCA ABAJO Y SOLO SUJETA POR UN PIE!



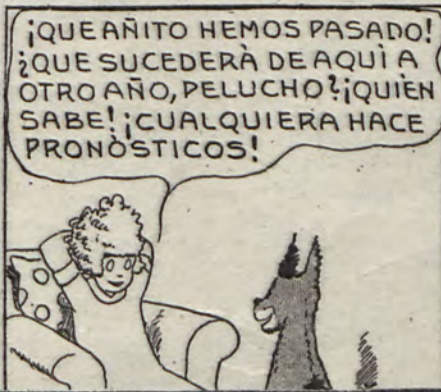
¡Y AQUEL DIA QUE SE ROMPIÓ LA CUERDA Y CAÍ FUERA DE LA RED!



¡CUANDO ME DESPERTÉ ESTABA PARALÍTICA Y LOS MÉDICOS DIJERON QUE YA NO PODRÍA ANDAR MÁS!



¡Y ENTONCES APARECIÓ MI PADRINO CON MUCHOS MILLONES.... Y UN DIA LE VI LLORAR Y PARA NO DISGUSTARLE.... PUES ANDUVE OTRA VEZ!



¡QUE AÑO HEMOS PASADO! ¿QUE SUCEDERÁ DE AQUÍ A OTRO AÑO, PELUCHO? ¡QUIÉN SABE! ¡CUALQUIERA HACE PRONÓSTICOS!



¡PUEDE QUE OCURRAN COSAS MUY BUENAS Y PUEDE SER QUE PASEN COSAS MUY MALAS. VETE A SABER; PERO PASE LO QUE PASE SEREMOS TÚ Y YO MUY BUENOS AMIGOS Y LO PASAREMOS JUNTOS!



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

"PINOCHO EN EL PAÍS DE LOS HOMBRES FLACOS"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I

EL AVISO DEL PÁJARO.



Ué contento iba Pinocho, carretera adelante, camino de *Flacuna*!

(*Flacuna* era la capital del país de los hombres flacos.)

Su triunfo en *Gordinflonia* le había llenado de orgullo y satisfacción; por eso estaba alegre como unas castañuelas.

Pues señor, como digo, iba nuestro buen Pinocho andando, andando, pensando en los medios de llevar a cabo su difícil empresa. ¡Ahí es nada! ¡Hacer que Flacuchón XXV, el rey de los hombres flacos, consintiese en el matrimonio de su hijo, el príncipe Finín, con la princesa Redondita!

Ya sabía nuestro muñeco que el tal Flacuchón tenía un genio tan endemoniado, que para darle los buenos días había que ponerse coraza. El presidente del Consejo de ministros estaba el pobre lleno de cardenales, y el ministro de la Guerra tenía más chichones que soldados. ¡Y eso que eran los favoritos!

Pero a Pinocho no le asustaban las dificultades, y pensaba salir triunfador, como había salido siempre en sus extraordinarias aventuras.

Iba distraído con estos pensamientos, cuando oyó una vocecita aflautada que cantaba:

«Caminante que vas caminando,
si no eres prudente, volverás llorando.»

Pinocho se quedó de una pieza; miró en torno suyo para ver quién era el que decía aquellas palabras, pero no vio a nadie. Creyendo que había sido una ilusión de sus sentidos, se dispuso a seguir su camino. Pero otra vez se volvió a oír la vocecita, que decía:

«Pinocho insensato, Pinocho infeliz,
si no eres prudente, ¡ay de tu nariz!»

—¿Quién habla de mis narices? —gritó nuestro muñeco, amoscado porque no le gustaba que se metieran con aquella parte de su persona. Y al levantar la cabeza vio un pajarito parado encima de una ramita.

Ya sabemos que Pinocho comprendía el lenguaje de los animales, cosa en verdad muy necesaria cuando se es héroe de cuentos.

—¿Eres tú el que ha hablado? —preguntó dirigiéndose al pajarito.

—Pi-pipp. Yo soy, amigo Pinochín.

—¿Y qué quieres decirme con tus canciones?

—Pi-pipp... Quiero advertirte que vas a correr grandes peligros, y recomendarte que tengas mucho ojo, porque en la Corte del rey de los hombres flacos tienes un enemigo terrible.

—¿Un enemigo terrible? ¿Quién es?

—Pi-pipp... El príncipe Gordón, que ha jurado vengarse de ti.

—¡Cáspita! No sabes, pajarito bonito, lo que te agradezco el aviso, porque así estaré prevenido.

—Pi-pipp... Pues ya lo sabes: muñeco prevenido vale por dos; ten mucho cuidado, y hasta la vista.

Y dicho esto, el pajarito tendió el vuelo y se perdió en la distancia.

Pinocho se quedó preocupado; pero al punto sacudió su simpática cabeza y dijo:

—¡Ea! ¡Adelante! En peores aventuras me he metido.

Y decidido a triunfar o morir, siguió su camino.

II

EN FLACUNA.—LA TRISTEZA DE FLACUCHÓN XXV.



la caída de la tarde llegó Pinocho a *Flacuna*.

No os podéis imaginar el contraste que ofrecían los habitantes de este país con los naturales de *Gordinflonia*. Si allí todos eran gordos, redondos, coloradotes y enormes, aquí todos eran delgaditos, esmirriados y de color de cera. Aquella delgadez era verdaderamente extraordinaria. Los *flaquines* (así se llamaban los de aquel país) parecían hechos de alambre; de perfil apenas se les veía. Los perros, los gatos, los caballos, todos los animales eran tan sumamente delgados, que sólo tenían la piel sobre los huesos. Las mujeres no podían usar abanicos, porque corrían el peligro, al abanicarse, de caerse con el aire. En fin, allí eran delgadas hasta las amas de cría. El rey se llamaba Flacuchón XXV y tenía un genio de todos los diablos. Su malhumor provenía de una enfermedad que le iba consumiendo poco a poco. ¡No se había reído nunca! Habían traído a palacio los payasos más divertidos, pero todo había sido inútil. Su

Majestad veía a Charlot y se le saltaban las lágrimas; le decían un chiste y prorrumpía en amargos sollozos. Y, naturalmente, como sin reír no es posible tener salud, Flacuchón XXV se iba consumiendo poco a poco, sin esperanzas de salvación.

En cambio, su hijo, el príncipe Finín, era lo que se dice un amor de príncipe. Cariñoso, risueño, rubio y bonito, aunque excesivamente delgado, era tan simpático y tan amable, que no podía vérselo sin sentirse lleno de cariño hacia él. Esto le había pasado a Redondita, y así resultaba que la princesa de los *gordinflones* y el príncipe de los *flaquines* se adoraban como a las niñas de sus ojos, y no pasaba día sin que se escribieran cartas de diecisiete carillas por lo menos.

Pero, desgraciadamente, Flacuchón XXV odiaba a muerte a Tripón XVII y se oponía con todas las fuerzas de su alma a los amores de Finín y Redondita. Con lo cual el príncipe estaba tan desesperado, que si no adelgazaba más era por ser esto ya imposible.

Así estaban las cosas cuando llegó Pinocho a *Flacuna*.

III

EL PALACIO DE MARFIL.—OTRA VEZ EL PAJARITO.



PERO Gordón no había abandonado sus ideas de venganza. Disimuladamente había seguido la pista de Pinocho y había llegado con él a *Flacuna*. En seguida se fué a ver al rey, con el que tenía antigua amistad. Todos los pillos simpatizan entre sí.

—Majestad —le dijo—, acaba de llegar a la ciudad un muñeco prodigioso que tiene el poder de hacer las cosas más extraordinarias. Al rey Tripón XVII le ha construido un palacio todo de marfil.

—Pues yo no quiero ser menos que mi odiado enemigo —contestó el rey dando un puñetazo sobre la mesa—. Que se me presente en seguida ese muñeco extranjero y me construya otro palacio igual.

—Debo advertiros, señor, que sólo conseguiréis de él lo que queráis con terribles amenazas, porque si no, no hará nada.

—Eso lo veremos: o hace lo que le pida, o mandaré que le corten la cabeza.

Al oír esto, el granuja de Gordón salió fro-tándose las manos, porque lo que él quería era poner al pobre Pinocho en tal apuro, que el rey se viese obligado a matarlo.

Efectivamente: Flacuchón mandó que trajeran inmediatamente a Pinocho, y le dijo así: —Extranjero, necesito que me hagas inmediatamente un palacio todo de marfil.

—¡Zambomba! —exclamó Pinocho, que con la sorpresa olvidó la etiqueta—. Pero eso es imposible, señor.

—No admito discusiones. Dentro de dos días ha de estar el palacio dispuesto para recibirme; de lo contrario, mandaré que te cuelguen de la más alta torre de mi castillo.

Nuestro pobre Pinocho salió de palacio con las tripitas que os podéis imaginar.

—¿Dónde voy a encontrar yo todo el marfil que hace falta? —se preguntaba afligido—. ¡Ay! Lo que es esta vez sí que me parece que acabaron mis aventuras, porque este rey es tan bruto como flaco, y no dejará de cumplir su promesa.

Pensando en tan tristes cosas caminaba por un bosquecillo. De pronto oyó una vocecita que decía:

«Quien tiene fe y confianza,
todo lo puede y alcanza.»

Pinocho levantó la cabeza y vio en un árbol al pajarito que le había advertido del peligro que corría al salir de *Gordinflonia*.

—Pajarito bonito, del rojo piquito, ¿qué me quieres decir? —le preguntó.

—Pi-pipp... Quiero decirte que no te desesperes —contestó el pajarito moviendo sus alitas y guiñando uno de sus ojitos.

—¡Ay, pajarito! ¿Sabes que si no construyo un palacio de marfil me ahorcarán?

—Pues constrúyelo —contestó el pajarito, como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo.

—¿Pero dónde voy yo a encontrar todo el marfil que necesito?

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN EL PAÍS DE LOS HOMBRES FLACOS y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.